

Ella entiéndese con cocina y arreglo de cuartos; él con *restaurant*, cantina, servidores y público, y ambos van viento en popa, á cada año mejor que los anteriores, á cada lustro recetándose unas vacaciones en Europa. Amén del hotel, son dueños de una quinta, y de una finca, y de terrenos de cultivo; pero la más bella de sus propiedades, la que me cautiva y retiene horas y horas sin salir del hotel, es su hijita, un ángel rubio de seis á siete años, á punto de partirse para un colegio de Inglaterra, y con la que en poquísimos tiempo he alcanzado intimidad positiva. Los niños son así, necesitan de muy poco tiempo para cerciorarse de que un extraño los ama de verdad.

A la hora del almuerzo, se llegó á mí un señor obeso y anciano, muy afable, muy risueño y de fácil decir:

—Soy el Ministro de Relaciones Exteriores, vecino de usted, pues habito en este mismo hotel; mi casa se halla en la ciudad de León. . . ¿Cómo se encuentra usted? . . . estábamos esperándolo con ansia. . . aquí se quiere mucho á México. . . y á sus hombres. . .

Con el señor Ministro me encaminé al Palacio para celebrar mi primera entrevista con el General D. José Santos Zelaya, Presidente de esta feraz Nicaragua.

El aspecto del tal Palacio, por fuera y por dentro es, al igual de todo lo de aquí, raro y fantástico.

Hiciéronme esperar en el Ministerio de Relaciones mientras el Sr. *** iba á anunciarme al General Ze-

laya. A poco, tornó diciéndome que el Presidente me aguardaba.

Volvimos á bajar, doblamos á la derecha; muchos soldados descalzos y sobre las armas, en todos los ángulos, en todos los pasillos, en todos los rincones, ni más ni menos que en Guatemala, hasta con el mismo uniforme: pie en el suelo y poco aseo en el individuo, que va cubierto con pergeño paupérrimo de manta estampada. Al extremo de un corredor del piso bajo, gran biombo de papel, y á la derecha, en el vasto patio, pulular de tropa y una pieza de artillería moderna abocada á la entrada del Palacio.

Tal detalle sí que me alarmó. ¿Si estallara en la ciudad el más pequeño é insignificante alboroto, dispararían estos angelitos sin otra averiguación? . . .

Unos oficiales bien uniformados (continúa también en esto la semejanza con Guatemala), interrumpieron una partida de ajedrez, se cuadraron políticamente y después de anunciarnos, nos introdujeron en el *sancta sanctorum*.

Hizo el señor *** las presentaciones de estilo y yo tomé asiento á la derecha del Presidente.

Amplia la estancia, ventilada y abundante de luz. En su testero principal, gran mesa colmada de libros, papeles, etc. Dando frente á la entrada, el General Zelaya, y dando el frente á Zelaya, su secretario particular, quien en cuanto me hube instalado, previa reverencia muda se ausentó acompañado del señor***

Instantes de observación mutua.

Es José Santos Zelaya hombre corpulento y de varo-

nil aspecto; bien despachado de mostacho, blanca la tez, claros los ojos, el bigote tirando á rubio, lo mismo que el cabello, que comienza á escasear. Revela su edad, cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, y si no fuera por lo vasto de sus manos y lo excesivamente dura que resulta su mirada en ocasiones, predispondría del todo en su favor desde el primer momento. Al hablar es frío y alardea de hablar muy despacio, como si mucho madurara lo que había de decir.

Al sentarme noté, colgado á la izquierda de su mesa, dentro de lujoso marco, un retrato, no de lo peor, del General D. Porfirio Díaz. (Con posterioridad me informaron de que Zelaya es no sólo entusiasta admirador del General Díaz, sino que asimismo se llama imitador suyo).

Rompimos los fuegos de nuestras amistades con una escaramuza bastante viva, en razón á que él insistía en imputarme particular interés por defender la causa de Colombia, con la que Nicaragua se halla en los peores términos. Rectificados los conceptos, entramos en una cordialidad más que aparente y la breve conferencia discurrió tranquila hasta el momento en que nos separamos cual dos viejos amigos.

Regresé sólo al Ministerio de Relaciones Exteriores y mi D. ***—de quien ya sé, y su aspecto me lo ha confirmado, que es varón de larguísimo pesquis,—me brindó con una botella de champaña y con el siguiente discurso:

—«Mi querido amigo: quiero que juntos nos bebamos

esta botella y que charlando arreglemos lo que tengamos por arreglar (*aquí se rió*). Yo no soy diplomático, ni casi abogado; soy agricultor; un bienintencionado que llama pan al pan (*nueva risa*), y que cree que nuestras diferencias centroamericanas, nuestros grandes asuntos (*fingida ironía*), así han de ser tratados: conversaditos, sin notas ni tiquis miquis impropios de pueblos jóvenes y republicanos (¿?) que, como Nicaragua, sólo ansían que los dejen trabajar en paz. . . Con que, á la salud de usted! . . . por México! Y demos principio á nuestras negociaciones (*risa final más franca y de duración mayor*)». . .

¿No es cierto que lo anterior parece copiado de alguna de las mejores páginas del maestro Galdós? . . .

Después de comer—¿á dónde ir en esta ciudad futura?—nos instalamos Meneses y yo en un banco del jardín exterior del hotel, taciturnos y de pocas palabras.

Por suerte, nos cayó el joven chileno D. Samuel Mc. Gill, oficial en las reservas de su país y empleado aquí como instructor del ejército nicaragüense, que me fué presentado la mañana de hoy. Es muchacho educado y de maneras, con quien puede conversarse, siempre que pase uno por alto su ingrata manía—la de que los chilenos adolecen,—de colocar á todo propósito y á todo momento á Chile en los mismísimos cuernos de la luna.

Noche inocente, charla casi infantil; proyectos del joven oficial, narraciones recíprocas de cómo es Chile y cómo es México, conversación desmayada, que prolon-

gamos, sin embargo, para retardar el momento de ir á encerrarnos en los cuartos.

3 DE FEBRERO.—Por ciertas circunstancias que totalmente pertenecen á la parte oficial de mi viaje y que no me es dable, en consecuencia, estampar en estas páginas íntimas y más ó menos literarias, sospécheme que fracasaré en mi misión *pacificatriz*.

Mientras más días gasto en Nicaragua, más ganas dánme de salir de ella, á pesar de que abunda en riquezas y encantos naturales de todo género; á pesar de que aquí no existe, ni epidémicamente, el tremendo azote de la fiebre amarilla. . . no sé qué será, pero, á mí á lo menos, me despierta ideas extravagantes; hay momentos en que hasta creo no hallarme en América, sino en Africa; el sol, el suelo, la fauna, la flora, la etnografía, los usos, las costumbres, todo me hace pensar más bien en regiones remotísimas que recorriera yo á modo de un Livingstone ó de un Stanley, y no en beneficio de ciencia alguna, sino *ad majorem pax centro-americana gloriam*.

¡Quiera mi Gobierno tomármelo en cuenta!
Que, regularmente, no querrá.

4 DE FEBRERO.—En vista de mis murrias diurnas y de que por las noches poco duermo pensando en alacranes y demás bichos *inofensivos*, doy en la práctica de dormir siestas interminables.

Por más que hago, no encuentro respuesta á la siguiente pregunta que me obsesiona:

—Dado este clima, dadas las casas con sus techos de paja, los hombres de pensamiento, que no escasean en Nicaragua, ¿cómo harán para trabajar?

—Rubén Darío, hijo de estas comarcas, ¿cómo inauguraría aquí sus iniciales primores literarios? . . .

Arcano impenetrable.

5 DE FEBRERO.—Ya no puedo dudar. Gracias á una doblez manifiesta que hoy compruebo patentemente por un telegrama que se me mostró, mi misión ha hecho fiasco y México puede—y sobre todo, debe, en mi concepto,—renunciar á la pacificación de estos pueblos hermanos, que se aman entre sí con el mismo intenso afecto que Caín nutría por Abel.

Lo malo es que no pueda marcharme en seguida, pues no sería urbano el que dejara de aceptar, y agradecer cual de veras agradezco, los festejos que este Gobierno prepara en obsequio mío.

Después de la comida de esta noche, en que tuvimos como invitado á Mc. Gill, resolvimos dar un paseo á orillas del lago y sentarnos á disfrutar inocentemente de la luna—que está en creciente—al borde del muelle de madera.

Y nos lanzamos Mc. Gill, Meneses y yo por las calles sombrías; cruzamos el Parque; costeamos el cuartel de Artillería; bordeamos el paradero del camino de hierro hasta no dar con las orillas del lago, todo escamado de plata, grande, tranquilo, ideal. . .

Presas de honda admiración, á cada paso deteníamo-

nos, y con el aspecto más pacífico del mundo, transpusimos el largo muelle á cuyo extremo veíase atracado uno de los vaporcitos que hacen la carrera entre Managua y Momotombo. Charlábamos y reíamos quitados de la pena, nuestro avance era lento, al compás de la charla y de la risa. . . A medio muelle hállase una verja, mas como la encontráramos abierta, sin el menor escrúpulo la franqueamos. Allí tuvimos que hablar á gritos, porque el viento ensordecedor que se levanta del lago noche á noche y que apenas riza su argentina superficie, se llevaba nuestras palabras cuando salían apenas de los labios. . .

Intempestivamente escuchamos un destemplado y amenazador: «¿quién vive?», que nos paralizó y detuvo, porque nos llegó acompañado del ruido característico que hace un rifle cuando lo montan. No era broma, nó; hacia la derecha, dentro de semioculto garitón, un bárbaro soldado nos apuntaba con su rémington tendido. . .

—¡Nicaragua!—contestamos á una voz, y yo ordené á mis acompañantes la inmovilidad más absoluta, á fin de que el militar tuviera tiempo de cerciorarse de que éramos tres individuos inermes é inofensivos. Debió de convencerse, supuesto que levantó su fusil. Nosotros entonces, con fingida parsimonia, nos alejamos del muelle maldiciendo por lo bajo del cruel interruptor de nuestra deliciosa *paseggiata*.

Ardo en deseos de narrar mañana la ocurrencia al Ministro de Relaciones, para ver cómo me la explica y en qué términos la excusa.

6 DE FEBRERO.—¡Sin comentarios!

No queriendo dar al incidente de anoche la gravedad que en sí pudiera encerrar, preferí contárselo á D. ***, echándolo á la broma en vez de denunciarlo por escrito:

—Por poco no volvemos á vernos, D. ***. Anoche. . .

El señor ***, después de escuchar benévolo mi relato completo del sucedido, por toda explicación me espetó con la mayor tranquilidad:

—«Sí, aquí hay que andarse con mucho tiento, nuestros soldados son muy disciplinados, y como últimamente hemos tenido conatos de rebeldías, y á nadie que no sea extranjero le ocurre ir á esas horas á los muelles, hay dada orden de que á ninguno se le consienta aventurarse hasta cerca de los vapores atracados, porque ya en una ocasión los enemigos del Gobierno, así se apoderaron de uno de sus buques. . .»

Por un buen rato perdí el habla.

Después de la licencia que por el cable me ha concedido mi Gobierno para aceptar el nombramiento hecho en mi persona de árbitro inapelable y tercero en discordia que zanjará la añeja cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua, solemnemente me confirman hoy que he sido designado por ambos Estados.

—Usted, y sólo usted—me dice el Ministro,—ha de ser el árbitro, y si México nos enviara otro representante, modificaríamos esta resolución unánimemente.

Distinción tan honrosa, compénsame del mal rato de anoche.

7 DE FEBRERO.—En tren expreso, acompañado de dos Ministros del Gabinete, de un Subsecretario, de diversos empleados de categoría y de particulares y periodistas, emprendimos viaje hasta Jinotepe y Diriamba, que aquí por antonomasia llaman «Los Pueblos,» y que se encuentran ubicados en el Departamento de Carazo.

Muy ufanos manifiéstanse los nicaragüenses de este camino de hierro, y á fe que razón les sobra, pues aparte de que en sí es digno de alabanza por las dificultades técnicas vencidas para su atrevida construcción, ésta fué llevada á término con capital nicaragüense y toda la línea, su material rodante, sus empleados, etc., pertenecen al Gobierno; al igual que casi todas las vías de comunicación que hay en el país.

El panorama que se contempla es sencillamente prodigioso. ¡Qué naturaleza, qué perspectivas, qué lagos, qué montañas y qué precipicios!

En Masaya hicimos alto un buen rato, y en San Marcos cruzó el tren por entre palmas y banderolas con que los vecinos contribuyeron al mayor esplendor del paseo.

En Jinotepe la concurrencia dividióse en dos grupos para el almuerzo; unos fuéronse al hotel y otros nos dirigimos á la casa del señor D. ***, padre del actual Ministro de Relaciones Exteriores, que de la excursión formaba parte lo mismo que su atrayente y nada vulgar esposa.

Llevé en Jinotepe sorpresa gratísima.

El señor D. ***, nuestro anfitrión, es un anciano que pasa sobradamente de los ochenta años, y á pesar de ello, recto como un huso, muy aseado en su modesto

pergeño, coronado de canas abundantes—porque no luce ni asomos de calvicie,—con su dentadura completa y sus facultades expeditas; es, además, en extremo simpático, muy sobrio para reírse y de reposado decir; hay algo de patriarcal en sus ademanes, en su figura venerable y en su conversación amenísima, siempre vuelta al pasado y ligeramente despectiva para los hombres y cosas de ogaño. Le hallé muy enterado de nuestra guerra contra los franceses, esa página de gloria patria que tanto nos ha dado á conocer, en nuestro Continente sobre todo.

Fué la sorpresa, que antes de instalarnos á la mesa, de entre la chiquillería que por la sala correteaba y de tiempo en tiempo iba á amontonarse sobre el abuelo, (como pájaros en árbol añoso y corpulento), llamó mi atención un pequeño diablillo de cinco años á más tirar, quien, amén de dos ojazos expresivos y negros, lucía en su inquieta cabecita, un bosque de rizos luengos y sedefios; siendo de advertir en alabanza suya, que más llamó mi atención porque no he visto en Nicaragua muchas criaturas agraciadas.

El Ministro de Relaciones, que notó la delectación con que miraba yo al interesante rapaz, lo cogió de una mano y me lo acercó:

—Mi pequeño hermano Fernando,—exclamó á guisa de presentación y entre bromas y veras.

¡Su hermano, si podría ser su nieto! . . .

Ante mi incredulidad manifiesta, insistió, apelando al testimonio afirmativo de los circunstantes.

—Sí, sí, puede creerlo, su hermano es!

El anciano D. Agustín, intervino:

—¿Acaso el señor Ministro duda que este niño sea hijo mío? . . .

—No dudaba yo, señor, me sorprendía. . .

—Pues voy á acabar de sorprenderlo. . .

—¡Fulana! (se me escapa el nombre de su esposa).

Y á nuestro corro llegóse una joven que apenas si representaba veinte ó veintidós años, muy apenada, roja toda, sin poder disimular su avanzadísimo embarazo.

—También «eso» es mío, señor Ministro—me declaró el anciano D. Agustín, apuntando al vientre fecundado, con ademán tan casto, con entereza tan honesta y un orgullo tan sano y legítimo, que me cautivó, me hizo estudiarlo con cariño y recordar leídos paisajes bíblicos.

Me enamoró ese viejo erguido y solemne, publicando, honrado y casto, con su temblorosa diestra extendida, sin falsos pudores por la santa y maravillosa obra de la generación, que era él, el casi nonagenario, quien había engendrado una nueva vida en el vientre juvenil que por voluntad propia le pertenecía, sin curarse de si moriría hoy ó mañana, ¿qué le importa? . . .

Tranquilamente cerrará para siempre sus ojos, rugosos ya, con la seguridad del que tras de larga vigilia, pero con la conciencia de la labor y el deber cumplidos, se duerme en la muerte.

¡Hermoso ejemplo! Más que nunca me afirmé en lo que de tiempo atrás he pensado: que las canas son armas de doble filo; cuando bien llevadas, respetabilísimas; cuando llevadas mal, que por desgracia es la regla, hieren á quien las porta y lo convierten en objeto de ludibrio y mofa.

Hasta para ser viejo, necesitase saber serlo.

Después de comer, volvimos á nuestro tren.

Ibamos ahora hasta Diriamba, término actual de la pintoresca vía férrea.

El camino continuó bellissimo, un verdadero festín para los ojos.

Al regreso, detuvieron el tren frente á importante finca de campo, «Santa Cecilia,» cuyo dueño nos dispensó, asistido de su familia, improvisada y hospitalaria acogida.

Hubo desde piezas en el piano y refrescos sin alcohol, hasta exhibición minuciosa de la propiedad y la maquinaria que en el ingenio se quejaba.

8 DE FEBRERO.—¡Inédito! ¡Hínterosímil! ¡Hhhenorme!

Cuando me encaminaba esta tarde al Palacio del Gobierno, sin reparar en que la acera sombreada era la del costado del mismo Palacio y se encontraba desierta en toda su longitud, trepé en ella para ahorrarme las caricias de este sol de plomo derretido.

A su mitad, sentado sobre un cajón de vino y con el rémington sin bayoneta entre sus piernas dobladas, en la actitud más inofensiva y menos marcial que imaginarse pueda, reflexionaba ó dormitaba un soldado de infantería. No llamó mi atención, lo creí «clase,» cabo ó sargento á la sombra y á unós cuantos pasos del destacamento en forma, que con fusiles en pabellones, guardaba en plena calle uno de los ángulos de la presidencial morada.

Continué caminando de toda chistera y *redingota*, y al

F. GAMBOA

pasar junto á él, levantó pesadamente su fisonomía bronceada é inexpressiva y me preguntó sin empleo de tratamientos:

—¿Qué, usted es militar? . . .

Como la leyenda quiere, según nuestra antigua mala fama que por el orbe vuela, que á todos los mexicanos se nos suponga más ó menos guerreros, á la leyenda atribuí la original pregunta del infante. Sin duda—díjeme á mí mismo,—este pobre ha oído hablar de que llegó á su tierra un ministro de México; mi chistera y mi levita, no frecuentemente usados en estas latitudes, le han indicado que yo he de ser ese «ministro,» y no cabiendo en su caletre que pueda existir ministro mexicano que no luzca (peor ó mejor ganadas), divisas y charreteras, por falta de educación y exceso de curiosidad, me ha interrogado. Y hasta con cierta benevolencia, acertando mi andar, le contesté:

—No, no soy soldado, soy civil. . .

¡Jamás lo hubiese hecho! En el propio instante, transmutado por la ira en un Bernardo del Carpio cimarrón, del destacamento apostado en la esquina desprendióse un capitán, con la espada semidesnuda, el kepis en el cogote, rojo de berrinche su vulgar semblante:

—¿Por qué habla usted con el centinela?—me increpó á gritos—¿Por qué camina usted por esa vereda? ¿No sabe que está prohibido? . . . ¡Bájese en seguida! . . .

Yo también tengo mi alma en mi almarío, y cuando es fuerza, sé gritar. Me encolericé de veras, que, francamente, esta irregularidad y la de la otra noche en el muelle, colmarían la paciencia de Job.

MI DIARIO

Revestido de cómica gravedad, comencé á formular respuestas improvisadas, con tendencias á serenar aquel espíritu encrespado, pero mi energúmeno no oía de esa oreja, y lo propio que en la «Verbena de la Paloma,» nos cruzamos él y yo estas frases:

—(*El Oficial*) A mí no me responde usted. . .

—(*Yo*) Pues, entonces, no me pregunte usted!

La cosa se agravaba; ya la espada hallábase casi desnuda; del destacamento desprendíanse sargentos y cabos; los soldados deshacían los pabellones de sus fusiles y el centinela me cortaba la retirada echándose al medio de la calle. . .

No me seducía calcularme con el pellejo agujereado por los soldados, y sin embargo, no daba yo con la manera de imponerme. . .

—(*El Oficial, á pesar de todo, impresionado con mi traje*) Lo voy á mandar á usted preso, para que aprenda. . .

—(*Yo, hallando la salida*) Y yo voy á mandar que á usted me lo fusilen dentro de una hora, para que olvide. . .

—(*El Oficial, examinándome de pies á cabeza*) Para que me fusilen á mí! Pues, ¿quién es usted? . . .

—(*Yo, con toda la prosopopeya del que ha puesto á salvo su decoro y su individuo*) El Ministro de México. ¡Calcúlese usted!

Seguramente el denodado capitán no era fuerte en cálculos ó los que hizo á la carrera no le resultaron, porque aunque es cierto que contuvo á sus hombres y que humilló su espada, no lo es menos que, después de mucho reflexionar, sólo acertó á decirme por vía de transacción:

F. GAMBOA

—Ah! . . . ¿usted es el Ministro de México? . . . Pues de todos modos, hágame el obsequio, señor, de irse por la otra *vereda*. . .

Después de haber recalcado lo de *señor*, me apresuré á transigir, que en esto de fueros, inclusive el diplomático, siempre he tenido para mí que cualquiera de ellos termina en el extremo del bastón de un gendarme bárbaro ó en la punta de la espada de un militar ignorante.

—Porque me ha tratado usted al fin, según debió tratarme desde un principio, accedo á su súplica. . .

Y el bravo miliciano, que nada me había suplicado, abrió unos ojos inconmensurables, en tanto yo alejábame pausada y gravemente.

Para que el Ministro no vuelva á salirme con alguna explicación que no me satisfaga, decidí no comunicarle el acaecimiento ni en lo oficial ni en lo privado.

Carguemos la ocurrencia á gajes del oficio.

9 DE FEBRERO.—Segunda excursión á Masaya, donde el mexicano Estanislao Castaño, radicado en Nicaragua desde hace algunos lustros y actual poseedor del único teatro que existe en Managua, me obsequia con un almuerzo.

A la tarde fuí á Granada, en camino de hierro, para conocer esa segunda ciudad del país, que es, á mi juicio, la más agradable. Desde luego, el lago que lleva su nombre y que es superior al de Managua en todos sentidos, embellécela al extremo; es un lago enorme, azul y bravío, que baña la ribera de más de un Departamento y

MI DIARIO

que se ve surcado de bastantes embarcaciones de vela y aun de algunas de vapor.

Antes del banquete arreglado en honor mío por el caballero español D. Nicolás Ubago, me dirigí con él y demás comensales á presenciar desde el embarcadero una ideal puesta de sol, á orillas del pequeño y dulce mar.

Fué una nota de belleza intensa y grandiosa, tanto, que su hermosura perduró la tarde entera y la entera noche, en mi ánimo. Regresé deslumbrado á la ciudad, hondamente conmovido por el espectáculo, pero adrede no quise hacer partícipe á nadie de mis sensaciones, para que nadie me las menoscabara con explicaciones ó comentarios filisteos.

Rumié en silencio mi delectación espiritual y casi mística.

Después de la comida que sirvieron en el hotel de «Los Leones,» tuvimos velada musical en la casa de Ubago, y á la media noche, en tren especial, regresamos á Managua.

10 DE FEBRERO.—Hará cinco días que han comenzado á circular las invitaciones para el gran banquete oficial con que en la noche de hoy habrá de honrarme el Presidente D. José Santos Zelaya. El hotel Lupone está inconocible de tanto preparativo y adorno tantísimo.

Afirmame el Ministro de Relaciones que han sido aceptadas ochenta y pico de invitaciones, y como es persona mordaz á su modo y de muy regocijado ingenio, con vaguedad y cazzurrerías campesinas quiere saber mi opinión

F. GAMBOA

avant la lettre, acerca de la fiesta y sus preparativos; hasta llegó á censurar á sus paisanos:

—¿Qué se habrá usted figurado, mi querido amigo, de la recomendación que respecto al traje hice poner en las tarjetas? . . .

—Pues nada, que quizá esa será la práctica. . .

—No, no, no, qué práctica ni qué niño muerto! Es que como ha de asistir una porción de funcionarios de categorías diversas y no todos se hallan al cabo de tal exigencia. . .

La recomendación, en efecto, es inusitada. Dicen así las invitaciones:

«El infrascrito Ministro de Relaciones Exteriores, tiene la honra de invitar á usted para una comida que el Excmo. señor General Presidente Don J. Santos Zelaya obsequiará al Excmo. señor Don Federico Gamboa, Encargado de negocios de México, el 10 del presente mes, en el Gran Hotel.

«Managua, 8 de febrero de 1900.

«Hora: 7. p. m.»

«Traje: frac.»

«Se suplica contestación.»

De mí sé decir que me sumió en una meditación honda. . .

11 DE FEBRERO.—Lo justo, justo; el banquete de anoche salió redondo, y lo único relativamente censurable fué la bienintencionada recomendación del Ministro, tocante al traje, pues he confesar que, prestados ó propios, los fracs que los invitados lucieron, no merecían reproche.

MI DIARIO

La fiesta, pues, resultó; hubo derroche en todo, hasta de buen gusto en adornos, mesa, servicio, *menú* y caldos. Sí, éramos los ochenta comensales pronosticados: el Presidente de la República, su Gabinete, las primeras autoridades, los particulares más prominentes, cónsules de diversos países europeos y el de los Estados Unidos de América, varios extranjeros de suposición, diputados, periodistas, municipales, ¡qué sé yo cuantos más!

En las afueras, la banda, el cielo estrellado, la voluptuosa tibieza de estas noches incomparables. . .

Adentro, todo género de atenciones y finezas para mí: luces, brindis sin palabras y á distancia, con sólo la copa en alto. . . A los postres, el Ministro de Relaciones pronunció el brindis oficial en que se me ofrecía la fiesta. . . Al levantarme yo para contestar, la galantería máxima, la delicadeza mejor que me forzó á permanecer silencioso por unos cuantos instantes, esperando que en mi espíritu se diluyera y pasara la emoción gratísima: la banda ejecutó irreprochablemente el himno mío, el de mi México distante y adorado! . . .

Anoche presentáronme á distintos colombianos que querían conocerme: emigrados políticos, desterrados, liberales, patriotas y prófugos.

¡Cuánto y con cuánta cordialidad charlamos, aunque sin mencionar asuntos políticos de parte ninguna, que debido á una complacencia de mi Gobierno en esta jira internacional y pacificadora, yo ando, en cierto modo también, representando á Colombia. ¿Cómo hubiera yo podido entonces dar oídos á las protestas y censuras de este puñado de valientes en éxodo, que han luchado en

su tierra porque la libertad se aclimate del todo y por echar abajo al gobierno actual, por cuyos intereses tengo yo que preocuparme?

Si nos hubiéramos franqueado ellos y yo, después de oír sus quejas, de haber escuchado la narración punzante de sus dolores en tierras extrañas, sin recursos y sin más escudo que sus ideas, les habría dicho:

— «Ilusos, ilusos, triples ilusos. ¿Por qué soñáis con « imposibles y perseguís quimeras? Ah! por caridad, no « interrumpáis vuestro sueño, antes continuadlo, así, ex- « patriados, errabundos, perseguidos y pobres, y morid « en patrias extranjeras, lejos de vuestras amadas ó de « vuestros hijos, cerrad los ojos para siempre, creyendo « que otros, los que vengan atrás, realizarán la obra. . . « es lo mejor!

« ¿Cuándo se ha visto, poniendo aparte épocas fuga- « ces, que la Libertad viva del todo respetada en Améri- « ca? Desde los Estados Unidos, donde sin embargo pa- « rece que el clima y las prácticas le son más propicias, « pero donde también esa misma Libertad, mujer al fin, « ha cedido á los tenedores de oro y corruptores de las « masas, desde allí hasta la Patagonia, la Libertad ha « costado mucha sangre, ríos de sangre, océanos de san- « gre, y hasta hoy la diosa sólo alienta en algunos cere- « bros nobles, en unos cuantos corazones generosos. Ver- « dad tristísima que sólo confesamos un diminuto grupo « de hombres honrados.

« La Libertad, como la Justicia absoluta, como la « Verdad completa, como la Belleza suprema, como to- « das las grandes abstracciones y las grandes quimeras,

« quizá se halle condenada en el globo terráqueo, á no « pasar nunca del estado de abstracción y de ideal. . . »

Pero como no pude decirles esto, ni siquiera cosa que se le pareciera, pues tendría yo que principiar por irme á vivir en los montes y las selvas, y entonces mi palabra no llegaría nunca á oídos de los hombres y de mi esfuerzo reirían las fieras, mis bravos colombianos y yo limitamos la cordial entrevista á inocente y sabroso palique, hablamos mucho de los literatos suyos, de los literatos míos, hasta bien corrida la media noche en esta ciudad senegalesa que la luna bañaba de plata y melancolía.

14 DE FEBRERO.—(Corinto.) Desde anteayer en este puerto aguardando el vapor que ha de devolverme á Guatemala, acompañado de un representante del Gobierno nicaragüense, del mexicano D. Estanislao Castaño y del oficial chileno Mc. Gill, este último nombrado definitivamente instructor del ejército de Nicaragua.

Víme forzado á declinar la amable invitación para un día de campo en los alrededores managüeños. Ya tengo bastante de países nuevos y de festejos repetidos, ansío mi «tienda» guatemaleana, porque en ella espéranme mi mujer y mi hijo, lo únicopreciado que poseo y me endulza la vida en mis destierros; ocasiones hay, en que frente á la fotografía de mi hijo, suelto la risa á solas, alucinado por esperanzas que tal vez nunca se realicen ó por certidumbres de dicha, que son, sin duda, meramente sugestivas.

En Corinto, ninguna distracción; por las noches, nos

tumbamos sobre una porción de maderos apilados en los muelles, y damos la cara á los astros; todos mudos por largas horas, viviendo todos la reconcentrada vida sin palabras de las reminiscencias y de los anhelos.

15 DE FEBRERO.—A bordo del «Acapulco,» mi vieja y conocida barcaza, tripulada por amigos.

Poco después de medio día nos dimos á la mar, pero los cañones que tan regocijadamente saludaron mi arribo, no me dijeron adiós con sus redondas bocas bostezantes. . . ¿No hubiera sido preferible suprimir aquel expresivo saludo de fuego, ó guardar la mitad de aquellos disparos para regalarme con ella á mi salida? . . .

Aun cuando, bien mirado, todo es humo; y en materia de humo, lo mismo es más que menos.

A bordo, sensación de bienestar agudo, y en el amplio camarote que el comandante Catarinich me escogió en persona, sensación de indecible deleite.

A eso de las doce de la noche, en que aún permanecía yo sobre cubierta fuma que te fuma y piensa que te piensa, descubrimos los noctámbulos, relativamente cerca del «Acapulco» y navegando entre la costa y nosotros, un vaporcito minúsculo con sus luces apagadas, á la manera de buque bloqueador ó de buque en huída. Pronto lo gramos alcanzarle y para identificarlo, le echamos antejo: no era ni uno ni otro, simplemente un barco nicaragüense de guerra, que hacía rumbo á Amapala. . .

Dejámoslo atrás, casi besando su quilla con la espuma de nuestra hélice. No obstante que el vetusto «Acapul-

co» no es nada extraordinario—dos mil quinientas ó tres mil toneladas,—el bélico navío era tan pequeño, que junto á nosotros, con sus luces apagadas, su toldilla muda y el afflictivo jadear de sus calderas, resultaba en la majestuosa inmensidad de este Mar Pacífico, algo lamentable, algo muy débil que á punto de zozobrar nadara con sobrehumano esfuerzo por ganar la costa distante, la costa visible apenas, que el plenilunio esfumaba, allá, en una lejanía borrosa é imprecisa.

16 DE FEBRERO.—Con el alba entramos en Amapala, puerto hondureño sobre el Pacífico.

Por las circunstancias de naturaleza reservada que han hecho se frustre la misión que me trajo á estas comarcas, de provocar una reconciliación honrada entre sus gobernantes, no habré ya de abocarme con el General D. Terencio Sierra, Presidente de Honduras, y, al decir de próximos y distantes, el mejor guerrillero de Centroamérica. No tengo, pues, que «meterme en honduras.»

La cosa me alegra, pues no obstante lo que gusto de conocer países, y más si son de mi raza, lo que ha llegado á mi noticia á propósito de los caminos de esta región, raya en lo inquisitorial, es imposible viajar por ellos. Las tales rutas son montuosas, inhabitadas é inclementes.

En consecuencia, sólo por mera cortesía determiné desembarcar de incógnito, identificarme en la Comandancia Marítima y ponerme al habla por telégrafo con el señor Sierra, á fin de poder volverme á bordo en seguidita, con mis propios honores.

Pero el hombre pone. . .

Sin duda de Nicaragua anunciaron mi paso por aquí, porque hasta la cubierta del «Acapulco» presentóseme un militar de alta graduación, representante del comandante del puerto que se hallaba encamado á causa de una fiebre.

El General puso á mis órdenes una falúa abanderada y me amenazó en la siguiente forma textual:

—«Por si el señor Ministro gusta (*por estos rumbos es de buen tono que le hablen á uno en tercera persona*), pasar á Tegucigalpa, de orden del Gobierno tengo bestias ensilladas y á su disposición.»

No, el «señor Ministro» no gusta, ni por pienso, de pasar á Tegucigalpa (vaya un paso! tres jornadas á lomo de mula, con pésimos albergos en algunas partes del camino y tragando leguas y leguas á merced de los elementos, ¡qué perspectiva!)

Al «señor Ministro» le impiden darse ese trote las múltiples ocupaciones que en Guatemala le aguardan. El «señor Ministro» se limitará á saltar á tierra y permanecer en el puerto las horas que el vapor permanezca anclado; durante ellas, se pondrá al habla telegráficamente con el señor General D. Terencio Sierra.

—¿Cómo andamos de fiebre?—pregunté á mi acompañante después de que los bogas le metieron mano á los remos.

—Pues no andamos bien. Está muriéndose un americano, y se han muerto personas de importancia, á docenas. . . sin contar la gente del pueblo, que ésa muere á porrillo.

Las informaciones no me parecieron mal, parecieron-me peor.

Y pensé que si salgo sano y salvo de lo poco que aún me falta para reintegrar mis trashumantes penates de Guatemala, mi mujer va á suponerse que me he vuelto loco ó actor de zarzuela, porque en rigor no deberé sino cantar la vieja copla de «La Conquista de Madrid:»

«Habéis de saber que el que allá se va,

«Vuelve con cabeza por casualidad. . . »

¡Qué viaje, señor Dios, qué viaje!

Saltamos en tierra y á pie dirigímonos á la Comandancia, destartalada y feísima casa de madera.

Tuvimos que cruzar gran parte del pueblo y mi azoramiento y espanto no reconocieron límites. Cuenta que Amapala es, en opinión de los que conocen la República, lo mejor de ella. ¿Qué tal será el resto?

Por algo hasta un pequeño evangelio, vulgo refrán, se ha fabricado acerca de la región:

—«¡No meterse en Honduras!»

El transcurso de los años ha desgastado la mayúscula, y de ahí que ahora se escriba con h pequeña; no importa, el consejo queda en pie y allá se las haya quien no lo siga.

El comandante enfermo, valiéndose de unas muletas, tuvo la atención de salir á saludarme en persona. Con marcada urbanidad enteróse de si yo necesitaba ó deseaba algo.

—No, sólo papel y un criado que lleve mis telegramas á la oficina. . .

Mas como la oficina encontrábase en la propia Comandancia, sin pérdida de tiempo inauguré mi pláti-

F. GAMBOA

ca, por medio de los alambres, con el señor Presidente.

Nada en el fondo; que lamentaba el no poder llegar á su capital; que México y Honduras. . . ; que la amistad internacional que dichosamente nos liga. . . ; que el grato deber, y la alta honra, y la personal satisfacción. . . ; total: seis largos y repiqueteados mensajes, á saber: dos al Presidente y dos del Presidente, que hacen cuatro; uno al Ministro de Relaciones Exteriores y uno de este estimable funcionario, respondiéndome, hacen seis.

Mi visita diplomática había concluído.

Regocijado torné á bordo, donde almorcé á manteles limpios y pedí hielo; después, descabecé una siesta en la mullida y civilizada cama de mi litera.

A prima noche, zarpamos. Es muy probable que no vuelva á ver jamás estas tierras.

17 DE FEBRERO.—Desperté muy de mañana, porque mi cuerpo echó de menos el balance del barco que es delicioso y blando arrullador de sueños. Ya estábamos anclados en el puerto salvadoreño de La Unión.

Subieron las autoridades á saludarme y á invitarme á bajar.

—No, no, á pesar de lo que quiero á este bravo pueblo salvadoreño, muchísimas gracias, ya lo que ansío es mi gente, mi casa, mis libros, lo íntimamente mío. . .

Desde La Unión diviso Amapala; la distancia la embellece. . .

Al cabo de unas cuantas horas de travesía, arribamos

MI DIARIO

á La Libertad, donde por fuerza obligáronme á desembarcar acompañado de Meneses.

Reanudáronse los festejos con que en este país me han favorecido; y no obstante que voy escapado, probablemente para no volver nunca, recibíéronme con salvas, músicas, gran comida, improvisado baile y un número *N* de champañas.

18 DE FEBRERO.—Frente á Acajutla.

El Dr. D. Román Rivera, Ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, vino con algunos otros personajes á visitarme á bordo. Instábame á volver, siquiera dos ó tres días, á la capital salvadoreña; había tren especial; aguardábanme más festivales; el propio Presidente vería con agrado mi regreso. . .

Todo en balde; yo necesito de los míos, tengo hambre de los besos de mi hijo. Agradecí y renuncié.

Invité á mis visitas á comer conmigo, en el vapor; pasamos juntos la tarde en amistosa plática y al anochecer abandoné las aguas salvadoreñas en el momento preciso en que el majestuoso Izalco (al que dirigí una mirada de admiración y simpatía), comenzaba á encender sus fuegos, hasta hoy nunca apagados, á hacer visible en el cielo que se ensombrecía, su penacho, de llamas ahora, á diferencia de la columna de humo denso y de color plomizo que durante el día remóntase sin disgregarse, á duras penas, cual si estuviera tallada en un solo bloque.

19 DE FEBRERO.—Todo el día con secreta inquietud y ansias infinitas porque este viaje y esta ausencia de mis

mejores cariños tenga feliz término. Al unísono con las calderas del vapor, jadeo y ruego:

—¡Anda, *Acapulco*, anda, aprieta el paso, que ya es justo que me devuelvas á lo mío! . . .

Recargado en la borda, no he cesado de contemplar la ingrata y monótona costa centroamericana. ¿Cuándo se avistará San José de Guatemala? . . .

Ya que he sorteado, y á Dios sean dadas gracias por ello, tantísimo riesgo inminente de epidemias, endemias y climas, no me haría gracia ninguna «á la orilla ahogar.»

La tarde se me ha hecho eterna, he de haber dado como cien mil vueltas de la proa á la popa. . .

!!!Por fin!!!

Ahí está San José, ya se divisa el caserío, pintoresco y bello á la distancia. . .

En el mástil de honor izaron la bandera mexicana, y cuando atardecía y las luces del puerto vibraban en la calma angustiosa del crepúsculo, nosotros echábamos anclas, los mozos anunciaban la comida y se esparcía el cruel rumor de que no desembarcaríamos hasta la mañana siguiente.

—A estas horas no hay lancheros, vea usted las lanchas de alijo ancladas en sus boyas, solitarias y cabeceantes—me dice el capitán,—paciencia, pues, *and let us have our dinner.*

¡Nos hemos lucido! ¿Con qué ganas voy á ir á comer y á pasarme prisionero una noche más, si sé muy bien, aunque no haya mediado aviso ninguno, que mi mujer

y mi hijo han venido al puerto para sorprenderme, para adelantarnos recíprocamente el gusto de volver á vernos; si sé que ahí están, á distancia cortísima; los siento, los husmeo como *pointer* amaestrado, y me exaspera que por obra de una ó dos horas nos chasquee el tiempo. . .

Sirvieron la sopa y el capitán me envió á su ayuda de cámara:

—Que fuera yo á comer y que él me ofrecía llevarme después en uno de los botes de su buque hasta las escaleras del muelle. . .

Generoso Catarinich!

—Yo también—me agregó al sentarme á su diestra,—marino y todo, cada vez que retorno á San Francisco, salto á tierra en cuanto el servicio me lo permite; yo también tengo hijos, y (*bajando la voz y con una sonrisa placida que sin duda ha de evocarle la criatura, allá, en su «home» californiano*), un nietecito que adoro con locura. . .

Interrumpió la confidencia el ruido que indica siempre la aproximación á los buques anclados de una embarcación pequeña, un chapotear de remos en las aguas.

—¿Vendrán por usted?—pregúntame Catarinich,—el milagro se debería á su representación diplomática, que si no. . .

Iban por mí, sí; el comandante del puerto, el Secretario de la Legación Luis Ricoy, y Rafael, mi cuñado, que es casi otro hijo mío. Por supuesto que me levanté en el acto y en el acto me despedí.

A tierra! á tierra! aunque fuera de noche y estuviera picadillo el mar. . .

—Desde que se anunció que el señor Ministro—habla el comandante del puerto de San José de Guatemala, gobernando el timón del bote que nos conducía saltando cual un carnero, del barco al muelle,—venía á bordo del «*Acapulco*,» por orden del señor Presidente de la República se ha puesto un tren especial á disposición de usted. ¿Desea el señor Ministro salir esta noche para Guatemala? . . . La máquina está encendida. . .

—Pues que apaguen la máquina!—hablé yo,—que prefiero descansar, así sea en el hotel torquemadense de este puerto antítesis de Glasgow. Partiremos mañana, con el tren ordinario.

En el hotel aguardábanme mi mujer y mi hijo, mi hijo con dos meses más encima —lo que en su edad mucho significa.—Me lo hallé muy despierto, menos grueso y mirándome curiosamente; en su mirada hay algo ya de expresión.

Mi mujer me recibió llorando, que las lágrimas igual nos sirven para significar los grandes dolores y los grandes regocijos.

. . . ¡Oh! encantadora poesía deliciosa de los regresos! . . .

20 DE FEBRERO.—Con exceso de amabilidad y tal vez por no ser menos que los demás presidentes centroamericanos que tanto me agasajaron en mi viaje, el Presidente Estrada Cabrera no se limitó á ponerme tren especial—cortesía que aquí se gasta con los diplomáticos de cualquiera nacionalidad, cuando llegan y salen del país,

—sino que ha aumentado sus atenciones: en Escuintla, se me recibió por la autoridad política y fuí obsequiado en el *restaurant* del paradero con almuerzo que amenizó la banda de la localidad; la mañana de hoy, no admitieron en el hotel de San José que liquidara yo nuestro hospedaje; y en Amatitlán y no recuerdo qué otras estaciones, subieron á saludarme los jefes políticos y los comandantes de armas.

Por la tercera vez de mi vida ingresé en la ciudad de Guatemala.

Sus gentes honradas, su círculo decente, cónstame que de veras hánse alegrado con mi regreso.

Ello, por su sinceridad, compláceme muchísimo, pues yo transijo en el mundo con cuanto hay, menos con el engaño en cualquiera de sus múltiples formas.

21 DE FEBRERO.—Continúa el Presidente de Guatemala colmándome de atenciones.

La mañana de hoy recibí una carta fecha ayer, cuyo original queda adherido á páginas 98 y 99 del tomo cuarto de «*El Proceso de mis Obras*,» (colección que también á tí te lego, hijo mío, para que cuando se calmen tus incurias juveniles ó la fuerza dominante de tus pasiones; cuando la edad te aquiete espíritu y cuerpo; cuando el cariño á mí te despierte curiosidad por saber lo que de bueno y malo sobre tu padre escribieron, vayas y recorras, uno ó todos los tomos que lo componen, y hagas después con ello lo que mejor te parezca).